

TENTACIONES

Me acerqué con precaución a la barandilla del balcón. Siempre he tenido mucho respeto a las alturas y sentí al asomarme un pavoroso vértigo. Pero en esta ocasión sabía que no tenía más remedio que hacer aquello. En cuanto lo hiciese, todo habrá terminado. Me apoyé en la barandilla, pensé de nuevo en lo que iba a hacer y mis piernas parecían deshacerse como gelatina. No tenía otro remedio que echarle valor, aunque solo fuese por una vez en la vida. Para mí aquello era un infierno. Me sentía mal por no haber sido capaz de hacerlo antes. Para colmo, mi esposa me había dicho que yo ya no pintaba nada en casa. Estaba decidido. Llené mis pulmones y suspiré profundamente. Se acabó. Moje la brocha y la apliqué a los barrotes del balcón. Después de todo, si no miraba hacia abajo, el trabajo de pintura era más llevadero.

Cuando terminé aquella desagradable misión, bajé a la calle donde una fina llovizna caía sobre el pavimento encharcado y una gruesa capa de nubes ocultaba un cielo plomizo y gris. Tras deambular unos minutos, me encontraba al otro lado de la calle, frente al edificio que, a pesar de ser de día, me daba la sensación de estar sumido en una ominosa oscuridad. Me parecía estar observando la casa de los horrores y hasta creía ver espíritus y fantasmas entrando y saliendo de sus ventanas. Se me antojó la mansión del doctor Frankenstein con los rayos convergiendo en la azotea como instrumentos de sus espeluznantes ensayos. En mi imaginación, hasta me parecía escuchar de vez en cuando los gritos y alaridos de dolor de los torturados en su interior, presas de lobotomías, trepanaciones e infinidad de inhumanos experimentos.

Me armé de valor y crucé la calle en dirección a la puerta. Había esperado encontrarme con una gruesa aldaba en forma de mano de esqueleto o cara de diablo, sin embargo junto al marco había un simple botón que cuando lo pulsé sonó con una agradable musiquilla. Tras la puerta apareció ataviada con una bata blanca una persona que mi sugestión asoció con la imagen de Igor, el ayudante del doctor, pero en versión femenina y mucho más atractiva. Me hizo pasar al vestíbulo.

Me senté y reflexioné sobre lo que estaba haciendo allí y me vi tentado a salir corriendo por la puerta, pero ya había retrasado aquello demasiado tiempo, tanto o más que el trabajo de pintura en el balcón. No podía posponerlo más. “Igora” vino de nuevo a buscarme y con un gesto me indicó que la siguiera. Su sonrisa me pareció la de una bruja que conduce a su incauta presa hacia el caldero. La mujer me hizo sentar en una silla negra mientras el doctor Frankenstein manipulaba en un rincón su instrumental. La ayudante abatió el sillón y yo me vi tumbado casi en horizontal mientras el pánico subía por mi garganta. Ya me imaginaba al doctor extirpándome alguna parte del cuerpo para acoplarlo en el cadáver de su monstruo. Me pareció ver su sonrisa malévola mientras se acercaba a mí con un aparato metálico brillando en cada mano. Al fin, con voz amable me dijo:

– Bueno, ¿cual es la muela que tenemos que extirpar?

Había dormido muy poco aquella noche y necesitaba recuperarme del mal trago pasado en la clínica dentista. No supe durante cuánto tiempo me había quedado dormido sobre la hierba sin haber sido consciente de ello, pues la tarde había dejado paso a un agradable calorcillo del sol. Me desperté aturdido

y me incorporé un tanto desorientado. El atontamiento que sentía no me permitió reconocer el lugar en el que me hallaba y comencé a caminar por el sendero entre los árboles. Me encontraba en un paisaje selvático y el sol ya empezaba a declinar con un brillo anaranjado. Por un momento creí que todavía me hallaba inmerso en el sueño. Escuché unos pasos al otro lado de unos arbustos a un lado del camino, pero no pude apreciar a quién o a qué pertenecían. A medida que avanzaba escuchaba gruñidos y bufidos sin conseguir identificar a quienes los proferían. Repentinamente me asaltó un griterío de lo que parecían ser unos monos desde unos árboles que me avisaban de algo o avisaban a alguien de mi presencia.

Nunca me había sentido un héroe, nunca quise ser un intrépido explorador en busca de aventuras y jamás me identifiqué con personajes como el del protagonista de las películas de Tarzán. Aceleré el paso hasta una zona en la que un aroma animal invadió mis fosas nasales, un hedor de depredador en busca de presa. Casi en el acto escuché un potente rugido a un lado del sendero y mis pasos se aceleraron un poco más. Otros rugidos le contestaron como un amenazante coro de dientes y garras afiladas. Aquello era surrealista, no podía estar pasándome. De nuevo escuché el mismo rugido, esta vez a mi espalda y mis pies aceleraron aún más, casi corriendo por el sendero que describía suaves curvas entre la vegetación. Ya no me atrevía a mirar atrás temiendo encontrarme a alguna fiera a pocos pasos dispuesta a saltar sobre mi espalda. Ya me imaginaba a una manada cortándome el paso y dando buena cuenta de mi apetitosa carne. Al fin pude respirar cuando divisé al final del camino la salida del zoo en la que los empleados ya se disponían a cerrar las puertas. Otro día me echaría a dormir en el parque de los patos.

El día anterior había recibido la invitación de mi mejor amigo Miguel y su joven y bella esposa Mamen para cenar ese día con ellos en su casa. Tras el incidente del zoo me recibieron con abrazos y besos, pues hacía algún tiempo que no nos veíamos. Disfrutamos charlando ante unos aperitivos que nos sirvió Mamen y me volví a fijar, no sin cierta envidia de mi amigo, en la simpatía y lozanía de la chica. Lucía una figura perfecta y todo su cuerpo era proporcionado. En cierto momento, Miguel se excusó diciendo que tenía que salir a la marisquería del otro lado de la calle a recoger un encargo que había hecho. Mamen por su parte se retiró, imaginé que a vigilar lo que estaría cocinando.

Tras unos minutos solo, un apetitoso aroma me hizo levantar del sofá. Salí del salón y al pasar ante una puerta entreabierta me quedé clavado como una estatua de piedra. Tras un cristal ligeramente empañado pude ver el contorno de aquel cuerpo objeto de mis fantasías. Sentí el deseo de acercarme y tomar aquellas curvas entre mis manos, de saborear aquella piel dorada que tantas satisfacciones prometía, de morder aquella carne por la que resbalaban gotas que recorrían voluptuosas aquel objeto de mi deseo. No me atrevía a hacerlo, aunque me costaba un mundo reprimirme. ¿Qué iba a pensar Miguel?

En aquel momento de indecisión, escuché el sonido de la llave en la cerradura y todas mis tentaciones se vinieron abajo. Miguel apareció por detrás de mí y me dijo risueño:

– ¿No puedes aguantar un poco más? Al cochinito aún le quedan cinco minutos de horno.

Y es que Mamen había acertado. El cochinito asado que se doraba en aquel horno y goteaba grasa por la piel era mi plato preferido.